

pension no hacia , pues , más que añadir supérfluo á supérfluo ; pero revela claramente los sentimientos de don Diego. Semejante testimonio de cariño y respeto por parte del hijo mayor de Cristóbal Colon para con la viuda de su padre, ¿no es, por ventura , el complemento de las pruebas morales que frecuentemente corroboran y á veces hasta dominan las más explícitas afirmaciones de la historia?

CAPÍTULO IX.

CEGUEZADA DE LOS CALUMNIADORES DE COLON.—TRISTE PAPEL DEL CANÓNIGO ADVERSARIO DE SU SANTIDAD.—EL SEÑOR ÁNGEL SANGUINETI (CANÓNIGO) CONSTITUYÉNDOSE EN ABOGADO DEL DIABLO.—SU RESISTENCIA Á TODO AVISO.—DOS NUEVOS OPÚSCULOS CONTRA LA PUREZA DE COLON.—CARÁCTER TENEBROSO DE LA OPOSICION.

§ I.

El lenguaje de los hechos , las declaraciones de la historia , las pruebas judiciales , el propio testimonio de Colon y de su familia , oponen la cuádruple fuerza de su afirmacion á la calumnia inventada contra el descubridor del Nuevo Mundo. Por cima de esos testimonios y de las lógicas inducciones que de ellos se derivan se levanta una certeza absoluta y dominante , inconmensurablemente superior á todo testimonio escrito , á todo discurso humano , y es la manifestacion de la misma Providencia.

Un simple cristiano , sin haber estudiado Teología , guiado sólo por el buen sentido , no admitirá jamás que para una empresa tan grande como la que dobló el globo , escogiera el Señor á un hombre de costumbres relajadas.

No queremos extendernos más en la refutacion de la calumnia. ¿Para qué insistiríamos? Los supuestos testimonios de la historia , la supuesta significacion de los textos , «las curiosas investigaciones de la erudicion crítica,» han desaparecido ante nuestro exámen , y les ha seguido en su caída la autoridad de la famosa Tradicion. El triunfo ha sido fácil. Únicamente se nos oponian textos truncados , expresiones aisladas , incompletas ó harto lacónicas. Para poseer la verdadera significacion de su conjunto , ha bastado reproducir en su integridad esos mismos textos , en lugar de atenernos á citas mutiladas adrede.

La confusion de los enemigos de Cristóbal Colon no borra no obstante la tristeza que nos domina , viendo á ciertos miembros del clero de Génova que exceden en su furia , á los detractores mundanos del Héroe de la ciudad soberbia. Hubiéramos querido callar ; pero ¿era lícito guardar silencio ante esa escandalosa hostilidad?

por una caridad mal entendida, ¿podíamos tolerar que se acreditara el error cuyo más activo propagador en Italia es el señor canónigo Ángel Sanguineti?

Nosotros hemos debido poner en evidencia el ningún valor de sus supuestas pruebas. No queremos hacer observar, porque basta experimentarlo, todo lo que tiene de repugnante la terquedad de un canónigo que, para mostrarse infalible en su opinión, huella la verdad de la historia, el sentimiento nacional, las obligaciones del sacerdocio, la gloria de la Iglesia y la del Pontificado. Este espectáculo aflige demasiado nuestra alma para no apartar de él nuestras miradas lo más pronto posible. Es circunstancia no ménos triste, y que prueba hasta qué punto de olvido de lo justo y de lo verdadero puede llevar el compañerismo, ver un periódico genoves que léjos de deplorar el error del calumniador de Cristóbal Colon, se lamenta, al contrario, de que entre sus conciudadanos haya quienes más inclinados á juzgar las cosas por el corazón que por la inteligencia, se atrevan á contradecir «á ese digno personaje, honra del clero de Génova por el saber y la piedad (1).» Si un hombre cuya pluma destila injurias y calumnias fuese realmente «la honra del clero de Génova,» ¿qué debiera pensarse del restante? Afortunadamente no puede tomarse en serio esa torpe adulación, ni rebaja el concepto que merecen muchos eclesiásticos genoveses, en quienes se une al saber y la edificación el sentimiento del honor y el de la patria.

Sin embargo, á pesar de nuestra repugnancia, debemos hacer notar la naturaleza del ataque dirigido contra el héroe genoves, que es excepcional, como lo es también su causa.

Es la primera vez que un sacerdote ha hecho la oposición á una causa de beatificación ante una junta de seglares, en lugar de someterla primeramente con todo respeto á la autoridad diocesana. Es la primera vez que una disertación académica se ha cambiado en denuncia contra un cristiano á quien la oposición general de los fieles, apoyada por gran parte del Episcopado, designa á la benévola justicia de la Santa Sede. Es también la primera vez que se declara una opinión contra una causa que todavía no se ha presentado. Es la primera vez que en una materia como esta, se hace un canónigo el intérprete de los enemigos de la Iglesia, y se encarga de realizar los deseos de la impiedad. Estimulado en su persistencia por la adhesión de algunos cofadres que por ser los mejores guías de la localidad se consideran arqueólogos, se ha infatuado en su calumnia contra la virtud de Colon, hasta el punto de considerar como talentos faltos de crítica y sin erudición á los que piden la introducción de su causa. Opone con altanería su

(1) «Un distintissimo sacerdote genovese, studiosissimo delle cose patrie... degnissimo personagio decoro del clero genovese per pietá e sapere.»—IL CITTADINO, 23 noviembre 1875.

opinión de académico á la opinión general de la prensa católica, y á la del Episcopado y al augusto testimonio que el jefe de la Iglesia rinde á las virtudes de nuestro héroe.

De todos los puntos del orbe cristiano se levanta un sentimiento de veneración hacia el descubridor del Nuevo Mundo, y esta universal simpatía sólo excita en él ironía y desprecio. Opone osadamente su sola individualidad á los deseos de tan gran número de Prelados; y arroja, como un reto, á los sostenedores de esta causa un folleto irónicamente intitulado: *la Canonización de Cristóbal Colon*. Hé aquí, pues, la oposición declarada por un sólo sacerdote á toda la jerarquía eclesiástica, representada por notabilidades que ocupan en su inmensa mayoría el primer puesto de nuestras glorias contemporáneas. En el fondo de esa implacable hostilidad se nota algo triste y amenazador, que recuerda los signos precursores de las caídas estrepitosas. Al ver ese atrevido folleto, nuestros amigos de Francia é Italia exclamaron: «¡Eso es obra infernal!» Y, lo confesamos, nos es de todo punto imposible pensar lo contrario.

Con el candor de un cristiano de los tiempos apostólicos, observaba Cristóbal Colon, durante su primera expedición en su diario de á bordo que olvidaba su autoridad desconocida, á fin de no dar lugar á las tentativas de «Satanás deseoso de impedir aquel viaje como lo había hecho hasta entonces (1).» Escribía también al Pontífice que esperaba, según los cálculos más racionales, poder levantar, en siete años, un ejército de cincuenta mil infantes y cinco mil jinetes, para el rescate del Santo Sepulcro; pero que Satanás había metido la confusión en sus asuntos, á fin de impedirlo, y tenía por muy cierto que todo se efectuaba por *la malicia del enemigo*, que temía que su proyecto se realizara (2).»

¿Cómo obraba, pues, el espíritu de las tinieblas contra Cristóbal Colon? Siempre según su método habitual: la calumnia. No quiso echar mano de ningún otro. La calumnia fué su arma única contra el descubridor del Nuevo Mundo. ¿Quién ha perseguido ó puesto obstáculos á Colon en toda su carrera? La calumnia. ¿Qué es lo que durante tanto tiempo nos ha ocultado su gloria? La calumnia. ¿Quién se opone hoy á su beatificación? La calumnia. ¿Qué hacen ahora los calumniadores de Cristóbal Colon, sino continuar la obra de Satanás?

Cierto que el Señor canónigo Ángel Sanguineti no ha inventado la calumnia, sino que la ha encontrado formada por completo; pero ha tenido la desdicha de

(1) «Por no dar lugar á las malas obras de Satanás que deseaba impedir aquel viaje como hasta entonces había hecho.»—DIARIO DE COLON, domingo 6 enero 1493.

(2) «Satanás ha destorbado todo esto, y con sus fuerzas ha puesto esto en término que non haya efecto... por muy cierto se ve que fué malicia del enemigo, y porque non venga á luz tan santo propósito.»—*Carta del Almirante Colon á Su Santidad*. Colección diplomática, núm. CXLV.

prestarle entera confianza. Por la manera con que la acoge y defiende, se le tendría por su padre, aunque sólo es su propagador. Convertido en bocina de la acusación en la Italia católica, se ha constituido resueltamente en *Abogado del Diablo*, sin prever lo muy peligroso que es todo trato familiar con semejante cliente.

En vano un excelente diario de Génova, *Il Pensiero Cattolico*, ha observado al señor Ángel Sanguineti todo lo malo que ofrecía ese oficio de abogado del diablo (1): el canónigo no ha querido dimitir su empleo. Hace ya algunos años que nosotros mismos le amonestamos, y le decíamos lo mucho que en España se indignaban por su terquedad en calumniar á nuestro héroe (2). Un eminente dignatario del clero austríaco escribió también que, en su concepto, nadie, después de San Pablo, había padecido tanto como Cristóbal Colon por la extensión de la fe, que el que no quería cesar de oscurecer su fama no lo conocía aún, porque su amor propio le oscurecía completamente la inteligencia (3).

Ningún aviso ha quebrantado su obstinación. Cegado por el buen éxito de su calumnia entre ciertos Italianos, y echando una mirada burlona á la causa de su inmortal compatriota, creyéndola perdida, ensalza su triunfo y teje de antemano su corona. ¡Ay! ¡cuán nefastos laureles son los de la calumnia! Al hacerse el señor Canónigo voluntariamente el abogado del diablo, ha olvidado, pues, cuán engañosa es la victoria del error. La mentira puede á veces usurpar el sitio de la verdad, pero nunca lo ocupa por mucho tiempo. Pasa, y sólo permanece la verdad. *Veritas Domini manet in aeternum*.

APÉNDICE.

Mientras se imprimían las precedentes páginas, ha venido á nuestras manos un nuevo opúsculo del señor canónigo Ángel Sanguineti. Como siempre, insiste en su acusación, pero esta vez con tonó más altanero, porque dice que se apoya en tres siglos y medio de tradición. Ya demostramos á que se reduce esa supuesta tradición. Aunque es absolutamente quimérica, como constituye toda su fuerza,

(1) *IL PENSIERO CATTOLICO*, del sábado 30 octubre 1875.

(2) «En especial el abate Sanguineti que sin tener en cuenta el sagrado ministerio de que está revestido, busca con reprensible tenacidad el medio de immortalizarse, difamando y salpicando de cieno la imagen venerable y pura del Nuncio del Señor.» — MARIANO CUDERIAS. *Introducción á la Historia de Cristóbal Colon*, tomo I, página x.

(3) «Nessuno a mio debole avviso, dopo San Paolo, non ha sofferto piú di lui per la dilatazione della fede e della gloria del Nostro Signor Gesu Cristo. Quel tale che non desiste dal volerne appannare a la fama non lo conosce ancora perché l'amor proprio, che S. Caterina di Genova soleva chiamare: *Diavolo proprio*, fa velo pur tuttavia all' intelletto e gindizio di lui.» — *IL PENSIERO CATTOLICO*, 26 febrero 1876, núm. 25.

en un opúsculo de once páginas, invoca hasta ocho veces la autoridad de esa tradición inexistente é imposible. Asegura haber dado pruebas de *la más espléndida evidencia*. Se atreve á decir que el negar el hecho de la caída de Colon, ES NEGAR EL SOL DEL MEDIODÍA (1).

Esta última audacia nos desliga de la reserva que guardábamos hasta ahora. Vamos á decirlo. No combate simplemente por medio de la imprenta al gran Colon, sino que auxiliado por otro académico, peor que él, pero cuya posición le dá más crédito cerca del clero de Génova, ha hecho mover insidiosamente influencias considerables para obtener de los periódicos ya la retractación de los elogios dados á uno de nuestros libros, ya la reproducción de una parte de su folleto contra nosotros. Afortunadamente, la mayor parte de los órganos de la opinión católica han hecho el sordo á sus instancias. Tenemos la prueba escrita de que los enemigos de Colon se han valido de las más pérfidas insinuaciones cerca de ciertos periódicos, y fabricado, además de cartas anónimas, supuestas noticias llegadas de Roma, en las que comprometen el nombre de un Cardenal francés, que fué á Génova algunos meses ántes. La temeridad de los calumniadores ha llegado hasta á mezclar mi nombre á sus intrigas agravadas con despreciables invenciones. Se remueven y agitan continuamente, queriendo detener, á toda costa, el movimiento de la opinión y desviar de esta causa las simpatías del episcopado.

Fuera de esto, nada nuevo nos enseña el último opúsculo, como no sea que ha encontrado en Plasencia un compañero de calumnia, quien se despacha también á su gusto con un opúsculo. El folletista plasentino adula de lo lindo al folletista genovés, y á su vez éste prodiga incienso al otro. Miden ambos iguales grados de lógica y perspicacia. Sin embargo, el último no ha podido darse el aire guerrero y desprendido del canónigo cuyo caudatario se ha hecho. Repite fielmente una tras otra todas sus argucias, sin que les añada más que una mezquina sutileza que ha tenido que pedir prestada al bibliógrafo americano Harris. Este la ha sacado de un plural puesto en lugar de un singular, (porque, cosa digna de notarse, siempre se fundan nuestros contradictores en la falta de una palabra, ó en ella misma, pero nunca en un hecho ó en una expresión exacta). El *Pensiero Cattolico*, ha puesto en ridículo con mucha finura al caudatario plasentino. Nosotros no queremos enconar la sátira, y por esto ni siquiera dispensaremos á ese pobre admirador del señor Canónigo la honra de escribir aquí su nombre. El silencio será su único castigo. Su obra, triste fruto de invierno, impresa en Plasencia

(1) «Dunque negare il fatto é negare il sole di mezzogiorno.» — SANGUINETI. *Ossevracione ad un articolo della Civiltà Cattolica*, pág. 10.